

Consumaciones

Julio César Arciniegas Moscoso

Colección Artes y Humanidades



Universidad
del Valle

Programa  Editorial

De lo oscuro, de la profundidad de un alma, salen los poemas de este libro. Partiendo de esa siempre presente herencia del surrealismo, un poeta del Tolima elabora una poesía que no deja de ser nuestra. Con frecuencia la poesía de estos tiempos es pura florituna, un malabarismo de palabras, lo que encontramos en Consumaciones es una palabra hecha de verdad, que en poesía quiere decir una palabra que ha encontrado la subterránea fuente del agua. Son estos unos poemas de no fácil acceso, sin embargo el lector sabe que allí hay algo hondo, sugerido por unos versos de inusitada frescura: *“Mientras la tarde se tona el cuerpo de mi padre,/él penetra a un universo esquivo,/ como un viejo ángel que no sabe de su materia”*. O *“No estoy seguro si la belleza se escribe/ pero a través de mis letras se cumplen tus formas, /los humos de tu voz, la gracia de tu acento,/ el extraño equilibrio de tus pies desnudos”*.



Universidad
del Valle

Programa Editorial

Consumaciones

Colección Escala de Jacob

Julio Cesar Arciniegas Moscoso

Nació en Rovira, Tolima , en 1953. Poeta de formación autodidáctica trabajador de la tierra. Publicó en 1999 el libro de poemas *La ciudad inventada*, en 2001, *Color de miedo*, en 2003, *Números hay sobre los templos*. En el año 2007 ganó el Premio Porfirio Barba Jacob con su libro *Abreviatura del árbol*.

Consumaciones

Julio César Arciniegas

Colección Escala de Jacob

Arciniegas, Julio Cesar

Consumaciones / Julio Cesar Arciniegas. — Santiago de Cali : Programa Editorial Universidad del Valle, 2008.

52 p. ; 22 cm. — (Colección poesía)

1. Poesía colombiana I. Tít. II. Serie.

Co861.6 cd 21 ed.

A1189075

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: Consumaciones

Autor: Julio César Arciniegas

ISBN: 978-958-670-670-4

ISBN-PDF: 978-958-5156-84-5

DOI: 10.25100/peu.474

Colección: Artes y Humanidades-Escala de Jacob

Primera Edición Impresa septiembre 2008

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Julio César Arciniegas

Imagen de carátula: Jovanny Galeano Muñoz

Diagramación: Unidad de Artes Gráficas Facultad de Humanidades

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, octubre de 2020

*Y sin embargo, estas delicadas caídas
no son más falaces que las piruetas de un flexible
bastón.*

*Realmente, no son nuestras exequias una
consumación, podemos eludirlos, huir de todo,
menos del corazón en boga.*

Hart Crane

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Rumor

Como si estuviera en los engranajes del tiempo
y sus horrores,
este rumor de templos olvidados prende silencio
de la oración
las rogativas que sólo entienden las argamasas,
el nombre de la arena,
la cal, el agua y la escoria triturada.
Los que han dejado los crudos aceros en su saber,
una rosa les ha embargado de la muerte,
porque la muerte y la semilla de la flor
siempre van juntas,
desde que las hadas danzaban alrededor
de las viejas piedras,
del primer mundo, el del elixir de las fuerzas de dios,
de la labranza, cuando los árboles tenían lengua
y contaban cosas sencillas.
No sabíamos de una tierra que se devora como hostia,
ni del amor estéril, la horca y el cuchillo,
menos del eterno vencido
que cuelga su latón al cuello
y aparte, su saco de lana de la peste.
Allí, hurgando dentro de unos rostros
ya limpios de metal,
yacen los ancianos semblantes de hierro,
los ganchos puntiagudos del ladrón,
las señales del punto de la garlopa,
el grillete que sangra
o el clavo ardiente de la tortura,
sus huellas ocultas, olvidadas por la historia.

Certeza

Sabe que desde los lugares más tercos pasan
incógnitos
los falsos amigos,
que la mujer se equilibra en las conjeturas
y es la grave manera
de la ascensión perfecta, su iniciación.
Al lado pasa sin nadie el tren de la locura
con su absoluta certeza.
Sabe del poeta fulminado por los ocios,
su desmoronamiento
y la atadura de su soga que persigue la quebrazón
de espejos,
el falso silogismo del color, la insipidez de los santos,
el sueño devuelto por escaleras de polvo
y sus peldaños de metal cansado.

Dos memorias

Le pusieron alas ligeras,
dos espacios abstractos, ojos abisales,
una forma de fresco abismo,
lo vistieron de abatimiento, de vientre oscuro,
de acento, de glacial y de sombra.

Le vendaron los ojos con dos noches y dos memorias,
le dieron dos espadas, el libro de los muertos,
un hábito civil, más dos yemas que juran sobre
una mujer de cansados huesos.

Le dieron ondulantes hologramas,
y de estar asistido de un doble misterio
se sabe concebido por dos vientres.

Luz del deseo

Qué van a hacer las rosas olvidadas en sus límites,
si las suplen las potentes atracciones eléctricas,
si es enorme la posibilidad que por sus venas corran
sangre de máquinas o de artilugios de suntuosa letra
más allá de las prestezas de los elevadores
es la artificial luz del deseo, el facsímil,
la fuerte repetición de la sed,
la planta inclinada, los jardines en declive,
el valle de los caídos, los hombres vestidos de naípe,
la patria que colecciona muertos,
un dios que muestra sus huesos
y su carne se descompone.
Todas las alianzas de la piel son fácil morada del látex
y entre tantas velocidades el beso no es apto.
Intentamos, entonces, retener como un trofeo
la mediación de las farmacias,
la empalizada para resguardar el sueño,
el arca grande que nos sirve de refugio
ante el pie de hierro,
la ganzúa del delincuente, su sable ancho y curvo
y su ciudad abierta a la impaciencia del botín.
¿Qué tiempo en los secretos del celuloide
toma un idioma?
Es preciso leer cartas cortadas con el pulso,
elevadas a la matriz de la tinta.
Ya la propuesta del hombre no es el gran disturbio
ni sus enlaces donde se erigen las carnes
del saber erecto.

Viejo Ángel

Mientras la tarde se toma el cuerpo de mi padre,
él penetra a un universo esquivo,
como un viejo ángel que no sabe de su materia.
Para él, que no conoció otro saber que la certeza
de las raíces,
un huerto cerrado indicaba el imperial silencio
del mulo.

Nunca olió a tierra tanto como esa tarde
de restituciones,
cuando los árboles se asomaban
y a ciegas se escondían tras sus impresas toses.
Nunca tuvimos la muchedumbre
apostada en el fuego,
ni la semiluna expectante bajo un jugo de oliva.
Su despedida sucedió a mitad de los caminos,
aquellos que varían entre dos hileras de árboles,
junto a la intemperie, a la cavidad del hueso,
al cuerpo avasallado y a la amnesia
como un agua maldita.
Él me enseñó el peso de los abismos
apretados en los nudos,
la verdad de los árboles enhiestos que crecen de prisa,
como la voz ronca y desabrida del cetrero
resiste la intemperie del olvido, su mascarón,
sus dentellones y crónicas de armas
que hieren y perforan el recuerdo.
Mi padre conocía la lección de las palabras,
las letras del alfabeto las marcó en su brazo
y me las dejó a un lado de su rugoso cuerpo.

Mientras la tarde todo lo dispersa, mi padre,
fantasma de sí mismo,
se pudre al fondo de los usos del mundo.

Geografía

Por un error de la geografía, la polilla sigue en la mudanza del universo y la compulsión de las tiranías. Somos los hijos del horror del tiempo, de la desesperación, nuestra herencia es el látigo; lo que el cielo desecha lo recogemos con toda su crudeza y sequedad.

Ante el odio nos ofrecemos como víctimas, pero en el intervalo del dolor la palabra recompone los huesos y nos resguarda bajo cualquier dolmen y puesta de sol.

¿Sin la palabra dónde viviríamos?

¿En las landas salvajes de los infortunados, los perseguidos y los proscritos?

¿En los anfiteatros donde toda rebelión es sorda?

Sólo vivo cuando la apuesta del desollado pone límites, sólo vivo del poniente cuando lo veo enfrentarse a los instintos.

¿Qué es el guerrero sino una conjunción del verbo?

Cuando los tanques rugen en medio de tanta oscuridad,

a las balas ya les alcanza la ferocidad que las eleva.

(A los cañones les nacen ojos y la noche nos brinda un ataúd).

La palabra sabe del esfuerzo del condenado para ver el cielo

y escapar de la celda de piedra,

del abismo y su monotonía,

de su quemazón de gatos y máscaras,

del ambiguo olor que asusta.
La palabra sabe que el alto símbolo de espectros
encierra la sangre y su orfandad para relevar el fuego.

Hendiduras

Encuentro la luz revelada entre las hendiduras,
bellamente construida como llave o un feudo de sol.
Todavía el fuego arde en el tronco sagrado,
un resplandor ilumina la grieta donde me escondo
y me pregunto si alguien tendrá la fuerza suficiente
para apagar, de un sólo golpe,
la ardiente lámpara de Dios.
Oigo el don de los aceites en los planetas oxidados,
las llamas que entretienen la vista,
el vapor fantástico de la resina,
pero no encuentro la voz adentro de los automóviles.
Hallo el cuerpo de una luz que cae junto
a las entretelas
y que duda al dejar trazas en el asfalto.
Descubro las vallas anudadas
al equilibrio de los focos,
los ácidos estanques, las hojas selladas de la soledad,
las cuerdas desviadas de los relojes, el grifo por donde
sale la noche, la explosión del sílex
contra el tanque de acero,
las telarañas de la razón,
el fracaso de la quebrada urbe,
el canto del hombre en medio del incendio,
su alma que es sólo ceniza
y el mismo infierno que parece un asilo.
La luz de la memoria esta anegada.

Apéndices

Permíteme todo este sonido inmerso de las monedas,
hijas del saqueo,
El rumor de la medalla oval, el sobresalto de la aldaba,
de la argolla, de la tranca de hierro,
de la espiga de ensamblar,
del caldero para el agua bendita,
de la espuela de una sola punta,
del escudo ovalado de quien ronda la muralla,
de la herramienta del herrero,
de la trabazón de clavos y garfios
y del santo que se sumerge en alumbre
tras su impureza al saber de su llaga candente,
de su huella de esclavo.
Déjame puesta esta máscara de la sapiencia de acero,
el desencuentro y la fe de las erratas,
cada episodio fatal de los folletines,
los historiadores de las correas, el apóstol de la lluvia,
el ruido de las alcantarillas y de los apéndices,
las llanuras de geometría,
el ojo gigantesco en lo más profundo del encierro,
la jungla del vacío,
la soledad hundida en un follaje seco,
los gestos desollados de las escenas,
los raptos del cartón,
los destajos del fósforo,
el dios crucificado por los fardos de uranio.
Concédeme al final siquiera hundir en cada vía
un alimento de mis entrañas.

Profecía

Nací sobre el borde de la revelación del agua,
muy próximo al milagro de la corriente pura,
del higo, la fruta temprana,
la era del trigo y del maíz tostado,
de la arcilla porosa y la cebada verde.
Pero luego vi un agua repleta de ocasos,
de profecías untadas de aceite, las hojas caducas,
la voracidad del leño,
el pan crudo por dentro, la piedra seca,
la cosecha insípida, las vides ahumadas por el fuego,
suerte o acto de los que construyen la disolución,
el delirio de la herida,
los peces manchados de hollín,
los espectros del nuevo mundo, la lepra, la úlcera,
la danza estéril, la anemia o la sangre débil,
los defectos de las entrañas y el ojo vivo,
el suplicio del hombre a la vera del albañal,
(contagio, ofensa, ademán profano)
y su sueño temprano de cloaca.

La lengua de los átomos

Quién sino la guerra se detiene a ver
el viento de estas tierras que lo dan todo.
Uno jamás dimensiona las cargas que dan
camino de sangre.

De repente esta soledad apostada en los genocidios,
donde la sal se va por las laderas,
aboliendo las distancias
y los días se pudren bajo el sol,
y velan los signos rotos.

Regreso a ver cómo la guerra hizo bien su trabajo,
así su deseo pueda sumar momentos
aclarados por el dolor,
decidir el sollozo de los diluvios
o acusar el abandono de la fe.

No sé si conozco la extraña lucidez del herido
o la limitación del ángel,
pero sé que la bala es mendiga de los números
y que la muerte desciende de los aviones
del oscuro esplendor.

En medio de cables y concreto,
bajo el olor de la disección,
quedamos a este lado de las corrientes,
traduciendo la lengua de los átomos.

Consumaciones

Creo situarme en el centro de un cielo
de servidumbre.

Antes creía en el paraíso contenido por los instintos,
construía altares para la sangre.

Solo dos moscas transfiguraban un cielo
de derecha a izquierda;

terco a tantas rutas poco me importó
el riguroso infierno,

la fosa de la rueda del tiempo,
el bullicio de los justos y los réprobos,
la tortura flagelante.

Mi vida tomó esta rara lealtad,
seguro que me cerrarían el cielo.

En represalia he vuelto a la evasión
de los hundimientos.

¿En qué punto de mis desvelos entraron
las confesiones?

Creo situarme desde la trenza de los sentidos
como un aprendiz,
a quien la ley del cambio le transformó el suelo
y el dolor.

Tal vez toda mentira es dueña del tiempo,
de los estremecimientos civiles.

Tal vez la ineludible traza de la muerte
está en el pulso.

Creo que nunca llegaré al mundo
donde escruto palabras
que huelen a tierra de lecturas, a hoces y a martillos.

Las cosas son ajenas al ojo de mi espíritu,

un grano de locura no me deja hallarme.
El que se ha habituado es otro,
yo sigo plantando plagios a lo largo del horizonte.
Sólo pudieron salvarme los iluminadores
incendios de mis consumaciones.
Todavía dos moscas repulsivas
oscilan de derecha a izquierda.

Terrenal

Ella lo sustrae del escándalo de la sed,
padeciendo el milagro de la esperanza
y no el riesgo de la renuncia.

Quería asumir los actos plantada en la firmeza
de las cóleras.

Con la dignidad triste dirige los colores de la obsesión
y en su misteriosa desnudez completa el tesoro
que se sabe perdido.

Ella apacienta las manadas que se desbarrancan tras
los encantamientos,
ve la luna que los cerdos hollaron,
los desafíos del desgaste y la inmovilidad usada
en los silencios.

Ella con el alba desequilibra la voluntad del fuego,
lleva sobre sus hombros la clandestinidad
y la palabra dilatada.

Ella le hizo el mundo y toda su locura de adentro.

Signo

Vistió de canto la siembra definitiva,
la enseñanza de la espiga, la vibración bajo los magos.
Hizo un sol que va soltando las líneas del polvo,
las terribles manías del signo,
su puntuación, su rencor inteligente.
Conoció al inventor de la zarza,
la conspiración de los cielos
en lo extenso de los cabellos,
el estéril pan que vuela cargado de sellos,
la palabra de la mujer azul
que iza el cristo de la montaña,
el alma extranjera de la intimidación,
el soplo podrido al fondo de la oscuridad,
la fruta sin edad, caída y cancelada desde la dolorosa
y acongojada luz y su puntual meridiano;
el duro, agudo y amargo maguey que tiene por hojas
enormes dardos;
las invisibles cuerdas tendidas sobre las almenas,
la horca del siervo, el temible rey de la pradera,
su mirada y su alba severa;
las violetas de la muerte de la triste casa,
la corona de verbena, la hiedra, el cofre, la rueca
o la pieza de casa salvaje.
Así llegó a saber que la poesía es el más peligroso
de los bienes.

Acento

A veces se precisa la piel en los aceites
o una advertencia para hablar de la vendimia
de tu reino.

No estoy seguro si la belleza se escribe
pero a través de mis letras se cumplen tus formas,
los humos de tu voz, la gracia de tu acento,
el extraño equilibrio de tus pies desnudos.
Se arrepiente la estrella y la rosa
de haber dado medida a tus ojos.

Invierno

Le escucho saciar vacíos de todos los colores,
empapar la luz alojada en un lugar próximo
a la palabra,
inventar la bruma y el fuerte viento,
el ánimo de las armas,
la presunción y la fatuidad de los hombres,
los del rumbo contrario,
los del enfado y el desprecio por la aurora.
Se ha quedado para deslizar la última de las fronteras,
saquear los elementos del desnudo pez,
de la llama blanca, del rastro oloroso de la caza
y de las almas muertas que lo oyen todo sin leyendas.
El invierno de pronto recuerda todos los lenguajes.

Asombro

Le di un asombro al mundo, el enigma del rostro,
la adivinanza,
y con ello ayudaba a conquistar la mirada
de pájaros lentos o de seres alados
que llenan la sombra,
los espectros de Adán antes de la caída.
Más allá, unos ojos advierten los desacuerdos,
las distancias ciegas
que arden y dividen el desconcierto de los puentes
y el tiempo.
Quien no sepa leer la sonrisa de un ángel
está condenado a la oscuridad.

La sed

Al beber alzamos la mirada con la posibilidad
de encontrar un lugar provisorio,
apenas excavado por algún espectro de luz:
la corriente de la disolución, la reacción de la semilla,
la vertiente del tejado, la tranquila infusión de la flor,
el agua viva del sacrificio o la dura del estanque,
el invisible lago de fuego, la purificación líquida,
el elixir de las fuerzas de Dios
y su desnudez de vegetal.
Si están ilesos los vientos convendría dar una lectura
de las superficies y saber de la naturaleza de la sed,
de su memoria
de intemperie.

Para subir una montaña

Das dos pasos con antelación,
saboreas la sal negra que cuelga de lo sagrado,
no te adelantes, subimos creciendo,
todo depende de la sangradura,
del asombro del sol que mueve las escalas.
Toma el destino de arriba lo mas despacio que puedas,
concéntrate en los límites,
en el balanceo de viejos rentistas.
Cuando adelantes el pie, ajústalo al dolor.
Las cumbres arrastran el mundo hacia los extremos.

La alzada

Porque te entregas cuando el alba se va detrás
de las limaduras,
a la hora cuando dios se ha levantado a cavar la saga,
y el tiempo del agua
no ve las manos oscuras que se estremecen
tras una larga queja.
Yo he sentido tus golpes que remueven
el dolor de la tierra
y cómo los trajes viejos caen
y el reloj yace abatido ladera abajo.

Oscuro habitante

No sabría decirlo de otra manera distinta a la
fundación de la piel,
sin más caminos que los de la sangre,
desde los lenguajes de la ascensión,
la inocencia de la búsqueda,
o a partir de las rupturas, de las correspondencias,
del goce que golpea inútilmente las confesiones.
Siento sobre el cuello la flor del sol,
la alucinación del rostro cuando ve mi piel cosida,
el sueño cegado por el rayo y su breve y lento color.
Mis ojos están por todas partes,
en el gemido acelerado de la niebla,
en el laurel, la ceniza y la arena creciente,
en la obra borrada y el nombre prohibido.
Me interesa el crecimiento,
el paso de las empalizadas,
la mudanza del infortunio
o el pie que esconde la miseria,
el lustre del harapo o la moneda escasa.
Dios no sólo castiga las pesadillas,
las patadas de escudero,
a quien se pone ángeles en los tobillos para conseguir
limosnas o una cama fría al otro lado de la luz.
No sabría decirlo mejor el oscuro habitante
que me aloja.

Aroma

Vuelto del asombro, el olor de los bodegones
el verdadero aroma de Dios,
el que salta a través del precipicio, del vacío,
de las auras del sufrimiento, de la pretendida
muerte de las frutas,
de los utensilios gruesos, de las vasijas agitadas
y aquellas flores vehementes que se crispan
ante el ojo ondulante e ignorado.
«Bendito sea el cielo que trae el recuerdo
de los manjares», el olor de los ajos,
el aroma de chivo viejo, la cara de los mendigos
cuando nos ven mascar un pan de moho verde,
la cuerda del hueso, la mayúscula del hambre,
la flauta e la lengua,
y el fardel del pobre, vacío, extenuado,
con olor a lejano cobre.
Y para nosotros no hay calmante para la gula,
ni esperamos que el centeno, las tunas, las
espinas o las hierbas de la memoria maduren.
Sin más certeza que la quemadura o la santidad,
el olor lentamente envenena el sueño.

Visiones

Al fondo de todo esto duerme el sol,
más allá de las superficies heladas y de los árboles,
del revoloteo de las bandadas,
del límite del ojo reteniendo las visiones,
del ciego horizonte que muere bajo los ramajes.
Al fondo de todo esto duermen los signos,
el misterioso reiterar de la niebla,
las temblorosas sombras que ciñen los sembrados
y que no admiten la posibilidad de las rosas.
Al fondo de todo esto duerme un inmenso hospital.

Abuelo

La niña tendida es toda la justificación del mundo:
sus indefensos cabellos, su carne rosada
por los diálogos
y por las temerosas conjugaciones de mi voz.
Tú sabes que el abuelo gris se conmueve
con su mano extendida
así mi pecho haya pronunciado el deseo
de huir de la piel.
Mi vejez ya no obedece a los brillantes ultrajes
del espejo
ni al violín tocado con la puntualidad del vino.
Tú sabes de las sombras que van nublando mis ojos

Leve perfil

Amigo, los ángeles te dieron la escena del esplendor
y las invisibles cuartillas engendradas por la luz.

Ahora no faltes a la cita:

allí te entregarán el llanto de un leve perfil,
los cuchillos que sumas a los candados,
la sorda linterna, la fragilidad de las caligrafías,
los pájaros que corrigen el miedo
a toda humana travesura.

Las hojas pálidas devolverán tu saliva al umbral.

Recuerdo

Hoy te contemplo mujer
y sé de tu alumbramiento, del vacío de la promesa.
No tengo que hurgar en lo innoble del recuerdo,
sólo me basta tu palabra como un manto alargado
y blanco,
al fondo de un oscuro rincón donde habitan
las lámparas,
la lumbre benigna, el fogón,
el lenguaje de la simple hermosura.
Es el precio de saberlo todo en la piel de mi madre.

Indicios

Tengo bajo mi carne el origen y el error,
la consecuencia de tus intentos,
la exacta cortadura del aliento donde estás concluida.
Tus ojos ya no viajan tras el fuego,
sólo los veo venir por los caminos colgados
de indicios,
en la impronta de las cosas que te revelan:
el cause del polvo, la hierba, el aguacero inventado,
los insectos que eyaculan sobre la tela oscura,
la seducción de los despojados,
el rubor de los mortales
y la luz de la puerta que perdió el uso humano.
Tal vez sobrevivan tus pasos,
el nombre de tu ausencia
y el milagro de tu voz al pie de las huellas
y de las conjeturas.

Aldea

Al repensar las vecindades parceladas
yo nunca olvidaría el breve ardor
ante el cual se alzan las heridas
y un musgo dibujado por el humo nostálgico.
Un metal abierto sesga la mañana,
el aliento de los patios,
los pastos que rebasan los espectros,
y en mi aldea se han reunido las noches errantes,
los niños de las entradas, los bares del ruido,
las ruinas de mis descripciones.
Porque en mi aldea tendré que estar siempre,
con sus ruindades y esplendores,
con los ojos vueltos hacia el pavimento,
muy cerca de los contornos donde quedan inscritos
los lugares desiguales de mi cuerpo.

Exilio

Por la tarde veo a los muertos simular herramientas.
Con las huestes que hostiguen las estirpes
hacen los colores sin patria,
las voces quebradas, las amapolas negras del exilio,
el fuego que muere solitario a la altura de la boca
o el terrible dolor que nutre lo no nacido aún.
En la sombra vaga de los lugares del mundo,
los muertos fingen los errores.

Aparición

Algo de aparición permanece en lo dicho,
algo de urgencia, de descubrimiento
o del estrago de los cianuros;
algo que se borra y se cae de las paredes
dispersa el orden de la claridad,
del vacío irrefutable, del rápido relámpago,
de la música acuñada en la destrucción,
de la dolorosa seducción del rey
y su amarga palabra.
Algo fundado entre dos orillas permanece.

Amigos

Creo en sus ojos pero no me atrevo a divisar
sus alucinaciones.

Por esa razón están en el lugar de mi médula,
detrás de mis tres palabras rancias,
de mis huesos largos,
de las profecías que alejan la tarde
y la espera humilde.

«Mis amigos no tienen cara», así los venza o no
la oscuridad.

Siembra

Es necesario asistir a las rutas donde se escuchan
los frutos,
al ruido de sus pudriciones,
a la pesadez de sus dolores,
a su permiso terrenal, la longevidad de la flor
y el círculo.

El grito de las cizañas teje la hoja. Todo se hunde:
la temporada del viento, las líneas de la lluvia,
el retorno a la vida,
la seta entre las cenizas de los bienaventurados,
el orden de lo sensible, el retardo,
y el insulto del cielo.

Lo que debe nacer surge de la complicidad
del encantamiento.

La ruina

Soy yo, a quien grabaron bajo el peso de los adivinos,
la que apenas conoce las pendientes y las distancias,
el reino de la sílaba, su veneno de papel blanco,
el desatino del poder, su estruendo,
la desnudez del ángel caído,
la inmensidad de la piedra,
el pretexto del infierno, el umbral de los serviles.
Ni siquiera mi avaro reloj ve la oscuridad
de tanto delirio,
ni el abismo de la carne o la cicatriz
que traigo conmigo.
Desde mi origen hay menos árboles y más cadalsos,
matas oscuras y miserables mesas de lodo,
pizarras y maderas arrancadas, muros caídos,
un jardín roto y mudable,
tapiales y bancales arrasados,
venas cortadas en tres pedazos,
veredas de sequedad, cardos,
venas de espinos enlutados,
flores mudas, piedras que muerden la sangre del tedio
y una insólita siembra de pájaros que se esparce
por la tierra santa de los caminos.
Los mendigos recorren la erosión
con la alforja al hombro,
los ancianos de la vieja alameda
pisan ásperos ramajes,
los suspendidos astros, la pesada hacha, la ceniza.
Estoy fija a la piedra, al escombros, al ocaso,
al quebranto,

conozco el lugar exacto de la corrosión
de un cielo ya vencido.

Ulises

Antes fuimos sólo luz y aire,
náufragos en la elevación del mar,
condenados a la hipnosis de la música,
de las falsas voces,
al castigo de la pesada mano de hierro:
el metal funesto del que está hecha la campana,
la vibración de la desesperanza.
Llamamos a los dioses, a los prejuicios de la fe;
vimos como se libraron los cuatro fatigados rumbos
hacia la tierra sin leyes:
la heredad, la antigua patria, donde hoy, como ayer,
se alargan las condenas, el desamparo se cumple,
el silencio se impone tras las cerraduras
y el remiso huye de su nombre

Escalas

Hablo del ruido que se desprende de un raro destino,
el de la alteración de los elementos que ya no dicen
la compasión ni la esencia del cielo.

Amanece en la urbe,
todo es traición y elocuencia,
hierven la barbullas con pestes,
febril es el bullicio, el mal silencio,
los crujidos, la lluvia ciega en la calle,
un oído retumbante sobre el techo,
los tonos dictados por la blasfemia,
por los sordos del agujero gris,
por los dementes que se esconden
detrás de un piano roto
o de un violín de escalas temblorosas
ante el revés del milagro.

Indagación

Las palabras me han dado conjuras,
las orillas historiadas de sangre,
la dispersión de los linderos,
la indagación de las herramientas,
el irreducible perfume de los sueños,
la sospecha y dolor del miserable
que persigue la moneda de luz,
y la señal de un dios que se nutre de mi desnudez,
de mi cansancio al tratar de nombrar su figura
en estas huellas de tinta.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Índice

Rumor.....	9
Certeza	10
Dos memorias	11
Luz del deseo	12
Viejo Ángel.....	13
Geografía.....	15
Hendiduras.....	17
Apéndices.....	18
Profecía	19
La lengua de los átomos.....	20
Consumaciones	21
Terrenal	23
Signo	24
Acento	25
Invierno.....	26
Asombro.....	27
La sed.....	28
Para subir una montaña.....	29
La alzada.....	30
Oscuro habitante.....	31
Aroma.....	32
Visiones.....	33
Abuelo.....	34
Leve perfil	35
Recuerdo	36
Indicios.....	37
Aldea	38
Exilio	39
Aparición.....	40
Amigos	41
Siembra	42

La ruina.....	43
Ulises.....	45
Escalas.....	46
Indagación.....	47



Universidad
del Valle

Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co

i S i g u e n o s !



programaeditorialunivalle